

XXV.

De lo que D. Guillen habló con Doña Inés, y de lo que habia pasado con Doña Laura.

**M**ARTA quedó exenta de toda sospecha, y continuó gozando de la confianza de D<sup>a</sup> Inés. Al siguiente día de la muerte del marqués de Rio-florido pidióla permiso para salir, con pretesto de ir á calmar á su familia, inquieta por lo que se contaba en México respecto á los acontecimientos de la noche anterior: concedióle D<sup>a</sup> Inés la licencia, y la Apipizca se fué directamente á la casa del Señorito.

—¿Qué hay por la casa?—preguntóle éste—¿qué dice de mí D<sup>a</sup> Inés?

—Os culpa de haberla abandonado en el peligro.

—¿Y no mas?

—Nada mas.

—Entonces no hay cuidado; pero refieréme, cómo es que el marqués apareció por allí?

—A lo que he podido comprender, la desgracia hizo que jentes estrañas llegasen á la casa, no sé bien con qué objeto; y ya el marqués en libertad, se presentó en el momento

en que nosotros penetrábamos á la estancia de D<sup>a</sup> Inés.

¿Sabeis ya que dos de los nuestros murieron?

—He oido decir.

—El Camaleon y el Pinacate salvaron.

—¿Por dónde?

—Lo ignoro yo misma.

—Sabeis que el marqués murió sin saberse cómo?

—Tambien lo sé.

—Pues eso es todo, y menos que eso sabe por supuesto la justicia.

—Por supuesto.

—¿Y la emparedada?

—¿La emparedada? ¿Cuál?

—Nada: fué una locura mia, estaba yo pensando en otra cosa: vete, y esta noche iré á ver á D<sup>a</sup> Inés.

—Ya no por la puerta del canal.

—No hay ya necesidad de ello.

—¿Y qué hago ahora?

—Pues ya viste que el golpe se malogró; ahora sufre allí unos días, y no tengas cuidado; tú serás rica.

—Dios lo haga—adios:

La Apipizca salió lijera y volvió á la casa de D<sup>a</sup> Inés, procurando no dar á conocer en nada que habia visto al Señorito.

Todo el dia la dama preguntó á Marta, si no sabia algo de D. Guillen.

—Nada señora—contestaba la Apipizca.

—Me habrá olvidado.

—Imposible, señora.

—Mira Marta, anoche estaba yo incómoda con él, porque se habia ido: ¡qué injusticia! yo misma se lo ordené—¿qué no volverá?

—Es seguro que vuelve.

—Pero tarda tanto.....

Llegó la noche, y se redobló la impaciencia de D<sup>a</sup> Inés, que á nadie quiso recibir, y á cada momento preguntaba:

—Marta, ¿aun no viene?

—No señora—contestaba la Apipizca, segura de que no tardaría D. Guillen.

Por fin, cerca ya de las nueve, la Apipizca anunció desde la puerta de la estancia:

—Señora, el Sr. D. Guillen de Pereira.

—Que pase—contestó inmediatamente D<sup>a</sup> Inés.

La Apipizca abrió la puerta y dejó pasar al Señorito, que entró precipitadamente.

D<sup>a</sup> Inés.—

D. Guillen—esclamaron los dos casi á un tiempo, y abrazándose estrechamente.

—La Apipizca cerró discretamente su puerta.

—D<sup>a</sup> Inés—dijo el Señorito—cuán grande ha sido mi angustia, porque he sabido cosas que no me puedo explicar: ¿tu padre muerto?

—Muerto!—contestó D<sup>a</sup> Inés.—

—¿Pero cómo ha sido esto? Al salir de tu estancia, he alcanzado á verle á la cabeza de algunos hombres armados: creí que iba en busca de mí, y como contra él no podía hacer armas, preferí huir, porque de otra manera me hubiera hecho víctima inerte de su furor.

—No, Guillen, mi padre venia con algunos hombres armados, pero no te buscaban á tí, sino á unos bandidos que habían penetrado en mi estancia, y allí mismo se trabó un combate horrible.

—Y murió allí el mayor?

—No, mi padre ha sido asesinado de una manera inesplicable; todo había terminado; se separó un momento de los que le acompañaban, y á poco fué encontrado su cadáver.

—Pero eso es muy misterioso.

—Nada pudo averiguar la justicia.

—¿Ha venido aquí la justicia!

—Sí, y ha registrado hasta el último rincón de la casa.

—¿Y qué sucedió con la emparedada?

—Luis cubrió con leña la puerta de la bodega y nada advirtió la justicia.

—Supongo que esa dama habrá muerto.

—No; Luis me ha dicho que ha perdido enteramente el juicio y come y bebe cuanto le dan; cree que está oculta de los asesinos de D. José de Mallades, y no tiene confianza sino en Luis, á quien llama su amigo.

—¿Y nada dice de los papeles que deseaban tener?

—Nada absolutamente, y como está loca casi he perdido la esperanza, y deseos tengo algunas veces de ponerla en libertad.

—¿Qué imprudencia! esa locura puede ser finjida, y además aun cuando sea verdadera, si por una casualidad recobra el juicio puede muy bien denunciar cuanto ha pasado, y nos pierde.

—Tienes razon, pensaremos mas adelante lo que se ha de hacer con ella.

—Entretanto tú, mi vida, no puedes permanecer así sola en el mundo.....

—Lo conozco Guillen.

—¿Y qué piensas hacer?

—Casarme.

—¿Casarte?

—¿No te habia yo dicho que estaba resuelta á ser tu esposa?

—¿Y no te arrepientes, mi bien?

—No, y ahora menos; no hay obstáculo y necesito de tu apoyo.

—Pero tú no sabes aún quién soy yo.

—Es verdad; tú me lo dirás.

—¿Y si al saberlo te arrepientes?

—Mira Guillen, seas quien seas, y por negra que aparezca tu historia, no temas de ninguna manera que me arrepienta, cuando una vez te he dicho que seré tuya; pero entiendo que en caso de saber algo sombrío, prefiero que sea antes, porque si tú me engañaras, no responderia yo de mí misma despues, y sabes que soy terrible en mis venganzas; vamos á ser ya el uno del otro para siempre; cuéntame tu vida, y yo te referiré la mia, secreto por secreto, un velo despues sobre lo pasado, y no pensar en lo sucesivo sino en ser felices—¿admites, Guillen?

—Sí, Inés, y escucha la verdad: mi historia nada tiene de notable, ni de maravillosa, mi padre era un comerciante que murió dejándome heredero de una gran fortuna; mi madre tardó poco en seguirle al sepulcro. Libre, rico y jóven me entregué á los placeres y á la disolucion; el juego y las mujeres devoraron mi caudal, y desde entonces vivo de mi industria, es decir, del juego y de las malas amistades; nada tengo que ofrecerte mas que mi amor, porque es la primera ocasion de mi vida que he sentido lo que es una pasion. Hé aquí, Inés, dicho en cuatro palabras quién soy, lo que tengo, y lo que valgo. Franqueza quisiste, y con franqueza te he abierto mi pecho.

—Así te quiero, Guillen, franco y leal sin ocultarme uno

solo de tus pensamientos, y la verdad, te diré, creo que has sido casi un malvado; pero no sé por qué yo tambien siento por tí un amor inmenso; tu misma vida tormentosa y cuyos pormenores alcanso á adivinar, me causan cierta ilusion, porque para esa vida necesitas haber tenido un corazon grande—seré tu esposa.

—Gracias, Inés, eres un ángel.

—Y ahora ¿quiéres tú saber mi historia?

—No, Inés, no, para mí no tienes pasado, te amo como eres hoy y no me importa saber lo que eras ayer; ángel ó demonio, tu pasado te pertenece á tí nada mas, y ni una palabra que lo recuerde oirás de mi boca jamás; para mí la dicha que me concedes siendo mia, es superior á cuanto hay sobre la tierra y por eso lo olvido todo.

—Bien, seré tuya, deja que pasen estos primeros dias del duelo de mi padre, y dispon lo necesario para nuestro matrimonio: comprendo que quizá puede faltarte dinero; pero yo tengo mucho, necesitamos mudar de habitacion; esta sombría casa no puede recibir á dos esposos felices, en la primavera de su amor; lejos de aquí, viviremos mas tranquilos sin que penosos recuerdos amarguen nuestros dias.

—Amor mio, todo será como tú lo deseas.

—Ahora, antes de retirarte, escúchame: cuando aun no estaba tan próximo, ó mas bien dicho, tan seguro nuestro enlace, te pedí noticias de cuanto pasaba en esa conspiracion, ahora mas que nunca necesitamos esas noticias.

Porque ahora quiero sacar mayores ventajas para tí, para mi marido; este servicio nos valdrá el favor de la corte de España; podremos pasar á Madrid; allí se vive, allí se goza; allí no serás el jóven truan que ha perdido su fortuna y que se ha arrastrado en el vicio; allí serás el hombre que

ha salvado á la Nueva-España de las manos de los enemigos, y por todas partes seremos considerados y respetados, y se te abrirán las puertas de un bello porvenir: ¿comprendes bien ahora, por qué me empeño en descubrir esa conspiracion?

—Sí, Inés, lo comprendo y todo lo sabrás.

—Es que así me lo habias prometido otras veces.

—Pero ahora verás cómo sé cumplirte mi palabra—dentro de tres dias lo sabrás todo.

—Fío en tu promesa.

D. Guillen y D<sup>a</sup> Inés siguieron conversando despues amorosamente, y al fin D. Guillen se retiró pensando en que iba á ser rico, y noble y poderoso.

D<sup>a</sup> Inés se soñaba ya en España del brazo del Señorito, y metida otra vez en todas las intrigas de la corte; reanudando sus relaciones con Cárlos II, y realizando lo que tantas veces habia pensado; ser la favorita del rey.

Desde aquel punto D<sup>a</sup> Inés comenzó á hacer público su proyecto de boda con D. Guillen, contóselo á Marta, á la cual no le pareció estraño, y cuando Luis entró á darle cuenta de cómo seguia D<sup>a</sup> Laura, se lo refirió tambien.

—Señora—díjola Luis—esa mujer come y bebe como si no estuviera en donde está.

—¿Pero nada dice?

—No señora, está enteramente fuera de su juicio; solo se queja de cansancio, pero cree algunas veces que es porque camina demasiado....

—Bien, síguele llevando el pan y el agua porque creo que debe vivir ya muy poco....

—Dios lo permita porque ya me fastidia, y solo por respeto á su merced no he tapiado ya enteramente.....

—No, déjala.... oye, Luis, ¿sabes que voy á casarme?

—Me alegro, su merced necesita un hombre que la defienda y la apoye.

—¿Y no te figuras con quién?

—No señora.

—Con D. Guillen de Pereyra.

—¡Ave María, señora!

—No te parece bien?—háblame la verdad.

—Señora, es un guapo mozo; pero su merced ignora quién es?

—Lo sé demasiado.

—Entonces, ¿cómo se atreve su merced?

—Mira, háblame yo correspondido, y ahora negarme á ser su esposa cuando conoce nuestros secretos....

—¡Ay señora! tanto miedo tiene su merced á que se sepa esto.

—Por supuesto, vé si tengo razon.

—En efecto: su merced hace bien y yo tengo mucho gusto.....

—Pues será muy pronto.

—Dios lo haga, señora, Dios lo haga.

Y Luis se retiró pensando:

Pues si por saber secretos como este la señora le concede su mano, pudiera muy bien suceder que hasta yo.... quién sabe.... veremos si me atrevo.... me quitaré de en medio al D. Guillen.... y tal vez.... ya veremos.